



Victimario

Daniel Lazcano

lazcanoaguirre94@gmail.com

(Ciudad de México, México)



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

El calor, el maldito calor. 31°, supuestamente, pero dentro de su auto negro en el interminable tráfico y su traje ajustado, es una agonía psicológica insoportable. Saúl Caras está acostumbrado a los desperfectos de su demandante empleo en Paspartú. El nombre de la empresa es indiferente, cada dos años lo cambian.

Durante un lustro fue un excelente empleado, pero la dedicación no basta. Este ha sido el peor año para el señor Caras, prácticamente está al borde del despido, no ha generado los ingresos suficientes y ha perdido clientes por su pésimo humor. Lidar con gente mayoritariamente de la tercera edad sobre su seguro médico es estresante. Caras está harto de eso, de su vida. Vivir de comisiones es casi inhumano, hay que admirar a los que lo hacen, sus ingresos dependen de su efectividad.

Un irrespetuoso «limpia parabrisas» aprovecha el alto para esparcir agua con la mínima dosis de jabón desde su botella de refresco y limpiar innecesariamente el parabrisas de Caras. Aunque él le hace evidentes señales negativas y clava su mirada intimidante, el limpiador, mejor conocido como uno de los «güeyes de los semáforos» cree que su cliente será permisivo.

Caras saca su Glock 17 9mm de la guantera y le apunta. —*¿Qué chingados te acabo de decir cabrón?! ¡Ábrete puto gato!* El «güey del semáforo» huye de la rabia del hombre de traje impecable y loción cara.

Es inimaginable lo que uno puede encontrarse en la basura, incluso en el bote de un parque. Ahí la vio Caras, estaba ante la vista de los transeúntes, pero nadie le prestó atención. Él buscaba alguna distracción efímera y percibió una figura rectangular, oscura como la capucha que viste la muerte. La tomó y lo escondió en su saco, al regresar a su auto la pudo apreciar con más detenimiento. Aún contenía cuatro balas, las suficientes para que sus impulsos asesinos reprimidos pudieran estar tranquilos. Hasta el momento no las ha utilizado, pero hoy parece ser un día especial por ser más monótono de lo común, irónicamente.

No le ha dicho nada a su esposa Daniela, ella no comprendería porqué tanto interés en cuidar esa arma, Caras incluso la lavó y buscó en internet cómo usarla. Ella tendría miedo de él, ¿y qué mujer no? Estamos en el país donde los feminicidios han superado los apoyos económicos a la educación, arte, cultura y servicio médico.



No odia a Daniela, pero está seguro que tampoco le ama. Sabe poco del amor, pero mucho del desamor. Le ha sido infiel con una que otra prostituta de movimientos insípidos. Luego de ocho años de matrimonio es difícil estabilizar la dopamina bajo los mismos rituales maritales. Trabajar en la misma empresa es un fastidio, deben luchar por la intimidad, afrontar los celos constantes y admitir que no es profesional su relación. Serán días caóticos cuando se divorcien.

Ella está en contaduría, afortunadamente no se ven con frecuencia. Él viaja en el antiestético auto de la empresa por horas, mientras que ella está todo el día en la sucursal rodeada de gente que Caras no soporta, de esos hombres que en cuanto notan la ausencia de una mujer, comentan a quién se tirarían primero de la oficina mientras que las mujeres que la acompañan fingen ser sus amigas, pero la acusan de recibir beneficios por ser su esposa.

Estos comentarios despectivos sobre su relación varían, a veces se habla de adulterio y cree que pueden tener razón. ¿Qué probabilidades hay de que no le haya sido infiel ya? Es atractiva, caliente con su simpatía a los demás mientras que su matrimonio es peor que un frente frío en invierno. Ella ha ganado más dinero que él este año, él es antipático, ella amable, cualquier desinteresado por los valores maritales podría ofrecerle lo que Caras no puede. Hay varios candidatos a ser sus posibles amantes. Está Sergio, el otro contador, uno muy joven y afable, luego está Iván, otro imbécil de ventas que dice ser amigo de Caras, pero sabe que siempre ha deseado a Daniela, está mucho mejor que su esposa en todos los sentidos. Daniela dice detestarlo, pero el odio es irregular, puede convertirse en atracción por lo diferente en cualquier momento. Incluso su mismo jefe, el anticuado licenciado Ramírez podría estar tras de ella, es un mujeriego que ha cosechado tres divorcios.

Los hijos que Caras y Daniela tuvieron son un intento miserable para reforzar su relación, solo que no lo sabían en ese momento. Un hijo consume tu vida, tu dinero, tus energías y tu tiempo. Se acabaron las horas de lectura y ver las películas que a Caras le gustan, ni siquiera pueden discutir con comodidad porque ahí están ellos. Al igual que con Daniela, tampoco los odia. Los ama, pero hay que aceptar que un hijo destruye sueños.

—*¡Ábrete pinche abuelita!* Le grita un vulgar taxista. Justo cuando el flujo de autos había adquirido velocidad, un taxi que conduce sobre dos carriles no previene su vuelta y ante la desesperación por la adecuada velocidad de Caras, se le cruza. Faltó poco para un accidente.

Los insultos y el ruido del claxon no son suficientes. La primera bala debe ser para él y Caras acelera. El motor de su auto pide paciencia con sus sonidos, pero no le interesa. La vía se hace más rápida, es lógico, no muy lejos hay un hospital de segundo nivel.

Caras está muy cerca del descuidado taxi, su rabia es incontenible, su contrincante lleva pasaje, pero no le importa. Le apunta con la pistola y comprende que su presa se ha percatado porque acelera desesperadamente, solo



es cosa de meterle un susto. Apunta a una de sus llantas trasera y jala del gatillo. Es sorprendente la exactitud de su disparo, más porque es la primera vez que dispara un arma.

El neumático se poncha inmediatamente, pero parece haber atravesado más de lo que Caras hubiera querido. La velocidad del taxi es la necesaria para destrozarse por completo la llanta. Es un géiser de chispas a raíz de la fricción entre el ring y el pavimento. El auto pierde el control produciendo un terror sonoro. Caras teme que mueran, pero sus miedos se quedan cortos con lo que sucederá.

El taxi descontrolado se cruza frente a un microbús, el cual, lógicamente no va a la velocidad que corresponde y carga con un peso titánico en su interior. Ante el temor de hacer añicos el taxi, el conductor del microbús frena e intenta girar simultáneamente. Esta hazaña es lo suficientemente brusca para que el peso de la maquinaria provoque una caída fatídica. En una ciudad de casi 10 millones de personas, principalmente parásitos, es casi imposible que un accidente así no tenga daños colaterales.

Caras reconoce la zona de impacto porque ha estado ahí. Es una de las entradas del inmenso hospital, pero no cualquiera. Es emergencias. Hay o había cerca de 35 personas en espera de noticias de sus seres queridos, los cuales reciben un deficiente servicio médico. No les dio tiempo suficiente de gritar. Todo ocurrió en cuestión de segundos. Los condenados a muerte de aquel microbús habían aplastado a todos los que ansiaban por volver a ver a sus familiares después de seis horas sin ninguna noticia.

Es una escena terrorífica. Los desconocimientos de mecánica le jugaron en contra a Caras. Ahora esa gente llora por ellos mismos, claro, los que siguen vivos y conscientes. La sangre se mezcla con el combustible derramado, mientras que los gritos de agonía inician. Los trabajadores del hospital salen y hacen posible por ayudar a las víctimas. Primero deben sacar a los que están dentro del microbús, pero a un lesionado de gravedad no puedes moverlo como si nada, hay ciertas precauciones que seguir. Unos cuantos debajo de la monstruosa máquina siguen con vida, pero agonizan por sus extremidades aplastadas.

La realidad supera a la ficción. Caras ve petrificado la escena. Esas escenas absurdas de películas de acción que sacan todo el tiempo en cines parecen cobrar vida. No puede creer que un disparo suyo haya desembocado en tan terrible suceso. Trata de comprender las leyes físicas que presencié, pero es inútil. No fue solo un disparo, fue el aleteo frenético de una mariposa.

Le preocupa el no sentir tanta culpa como debería sentir. Él quería caos para instalar orden, a raíz del miedo a él y su arma podía ser la diferencia, y lo hizo de una forma u otra, solo que con más consecuencias de las que esperó. Su verdadero temor es ser atrapado, busca al taxista que abrió la caja de Pandora, está en la esquina hablando con varios testigos de tan terrible imagen, sus miradas se cruzan y señala a Caras. Seguro ha revelado su



culpabilidad, que él es el homicida y acaba de cobrarse más víctimas que las de asesinos seriales o sicarios a lo largo de sus vidas.

Caras arranca a toda velocidad. Los gritos quedan atrás, pero siguen en su mente. Es inútil huir, es el siglo XXI, la privacidad está en extinción, seguro más de una cámara ha captado su matrícula y el logo de la empresa. El dolor y el miedo acapararán los periódicos de mañana, pero desde este momento ya son tendencia en redes sociales. Con unos días de una deficiente investigación darán con el victimario de la tragedia. Su esposa no lo defenderá, será la oportunidad perfecta para comenzar una nueva vida con su amante, pero aún podía llevarse a sus hijos, solo debía ir por ellos a la primaria.

Las circunferencias rojas de los semáforos son eternas, aprovecha para buscar noticias relacionadas. Por ahora son pocas, solo fotos y videos en baja resolución con escasa información escrita, pero la población es aferrada a que se cumpla esa anomalía que la sociedad mexicana rara vez ha presenciado: la justicia. Ya se habla de un disparo antes de la tragedia. Debe darse prisa.

Estaciona su auto y toca el timbre de la escuela. En la dirección lo hacen esperar mientras las secretarias ven desde un celular el terrorífico video que tomó un usuario minutos después de la catástrofe. Una de ellas no soporta seguir viendo tanto infortunio, otras culpan a los taxis y los microbuses. Con el tiempo tendrán una anécdota en sus vidas: el psicópata que ocasionó semejante tragedia estuvo en esa oficina minutos después.

La excusa de que la madre está en estado de gravedad y que necesita llevarlos con sus abuelos lo antes posible surte efecto. Su obvia preocupación hace incuestionable su petición para llevarse a sus hijos. Jenny de segundo de primaria y Omar de quinto año aparecen con sus mochilas. Rara vez se ha parado su padre en esa escuela, pero están en la edad más afortunada de todas: cuando no se puede percibir lo deprimente que es nuestro mundo.

Han delatado al auto negro de Caras. No faltan los comentarios relacionados con el crimen organizado. Otros culpan a los políticos, pero la ventaja de ser uno es que «nada es culpa suya». Los famosos tuitean inservibles mensajes de apoyo a las víctimas. 16 muertos confirmados hasta ahora. Caras podrá presumir en prisión que mató a más gente que Henry Lee Lucas, Jack el destripador, Dennis Rader y varios adolescentes en escuelas con fusiles AR-15.

Su jefe lo llama, está la opción de no responder, pero tal vez tenga información valiosa que prevenga su arresto, se equivoca, solo pide información sobre el último cliente que visitó. Seguro que aún no existe una imagen clara del auto de Caras.

La inocencia de sus hijos es lo único que no lo ha echado a perder como ser humano. Su hijo juega en el celular y se desconecta del mundo, normalmente sería regañado por eso, pero no hoy, Caras desearía que así se



quede para siempre y no sepa el daño que ha hecho. Su hija no para de hablar de lo que hizo hoy en su medio día de escuela. Debe ser genial ser ella, disfrutar de la rutina, de vivir, de tener una familia. Su desconocimiento al sufrimiento es una bendición. Por primera vez, Caras entiende la gravedad de la situación, quiere llorar, pero no frente a ellos, no quiere que lo recuerden así, tan débil, tan derrotado por la vida, tan consumido por la necesidad de tener dinero en el bolsillo.

En cada semáforo pasa una ambulancia diferente. Todas en dirección al hospital. Las sirenas lo estremecen, los destellos rojiazules lo tensan. Jenny le pregunta por qué llora y por primera vez Omar voltea a ver a su padre. Caras contiene el llanto de sus ojos rojizos. Ciertamente, ellos fueron concebidos por las razones equivocadas, consumieron todo lo que él amaba, pero ahí estaban para sustituir el placer por la responsabilidad. En ningún escenario realista podría estar con ellos de nuevo y es más doloroso de lo que creía.

Caras da una excusa poco convincente, pero la suficiente para mantenerlos callados. Si se entrega serán menos años, pero la presión social forzarán a que se ejerza un castigo ejemplar. Si huye, ¿qué futuro les ofrecerá a sus hijos? Crecerán sin identidad, con miedo y cuando crezcan lo odiarán. Su madre hará lo imposible por encontrarlos y le dirá a la policía todo sobre él. Fue un estúpido. Ellos estarán mejor si se quedan y la sociedad mejor si él muere.

Caras cambia de ruta, su oficina no está muy lejos, si va a entregarse primero debe despedirse de Daniela, es lo mínimo que puede hacer. Las patrullas también se dirigen a la zona del homicidio, es normal que tarden más que los servicios médicos. Caras lo desconoce, pero a estas alturas ya se menciona a un «asesino en un auto negro». Varios ciudadanos furiosos amenazaron al taxista, pero él les contó del lunático que disparó. La llanta de su auto es la evidencia, testigos aseguran que dice la verdad. Los periodistas ya están para reportar el morbo antes que la información, lo que se sabe son puros comentarios de los presentes. Nadie se salva de la verdad.

—¿Por qué estamos en el trabajo de mami? —También yo trabajo aquí hijita. Voy a decirle algo y ahorita baja. No vayan a salirse por favor. Caras estaciona el auto en su cajón de estacionamiento. Siente que debe despedirse de ellos, decirles algo bello con que lo recuerden, quisiera decirles que deben creer todo lo que digan de él, pero también quiere que no le guarden rencor. —Cuida a tu hermana, ¿vale campeón? Le dice Caras a Omar. Incluso para un niño de 11 años este comentario le parece atípico de su reservado padre.

El señor Caras está a punto de salir del auto, pero a lo lejos ve a Daniela y Sergio. Ambos caminan hacia el elevador, ríen como cuando él la cortejó, no hay ninguna señal de que haya algún vínculo sentimental que los comprometa, pero no soporta verlos. Ambos traen un frappé en sus manos, en teoría, eso justifica la salida de ambos, pero la ira es como una catarata, una barrera de desesperación que se expande y destruye cualquier estímulo posible, una inhibición del pensamiento. Hay un cambio de planes.



Saca la Glock de la guantera, espera que el movimiento haya sido lo suficientemente rápido para que sus hijos no hayan visto lo que sacó, pero las miradas en el espejo retrovisor lo dejan intranquilo. Reconoce ese miedo a lo desconocido, la incertidumbre de lo que pueda sucederle a los que amas.

Caras cierra el auto con seguro, solo baja un poco los cristales. Toma el segundo elevador y sube hasta el piso 16. Es un edificio alto y lleno de oficinas de diferentes compañías. Ni siquiera tiene la gentileza de guardar la pistola, le gusta el poder que otorga el miedo. Ahora entiende a los amorales, el pánico que provocan entre los indefensos, ese sucio empoderamiento reemplaza las frustraciones de sus vidas. Tristemente, Caras jamás se había sentido tan bien. La furia es una droga, las consecuencias son el daño colateral de índole adictivo.

Un poco antes de llegar, el tarado de Iván sale de la oficina muy apurado y se detiene frente a él. — *¡Cariñoso! ¿Todo bien? Digo, traes una pistola de juguete, eso no se ve diario.* Desconoce si su pregunta es en serio. Puede ser sarcasmo, pero uno tan intenso que lo hace parecer estúpido, nunca supo hacer chistes, solo hay que relacionarlo con sus pésimos gustos cinematográficos y televisivos. — *Tengo algo de prisa amigo, luego hablamos.* Caras intenta seguir. — *¡Espera! ¡¿Neta vas a entrar con eso?! De huevos, ¿le quieres sacar un susto al chavillo de conta? Porque si es así yo diría que...* Hay una frontera que nos separa de la bestialidad y lo correcto. En algunos es similar a la de EEUU y México o ambas Coreas, pero la de Caras ya es como la de Bélgica y Países Bajos, puedes pisar ambas al mismo tiempo.

Un disparo es suficiente para atravesar el cráneo de Iván y salpicar de sangre su costoso traje. El cuerpo cae y suena incluso peor que el propio disparo, pero Caras está acostumbrado a los sonidos agonizantes como el de un auto derrapándose o decenas de personas sucumbiendo de dolor mientras son aplastadas por un microbús. Aún quedan dos balas, una para Sergio y otra para él.

Los empleados de Paspartú no pueden afirmar que eso fue un disparo, sería algo increíble, casi surrealista que en un día tan cotidiano algo así ocurra dentro de su edificio, pero por algo Salvador Dalí dijo que jamás volvería a México porque es más surrealista que sus pinturas. Ese surrealismo está acompañado de sangre y depravación. Unos días puede ser un feminicida, otro un narcotraficante, pero hoy es el licenciado Saúl Caras quien entra con toda naturalidad a Paspartú S.A. de C.V.

Los empleados lo observan con miedo, no pueden imaginárselo matando a alguien, pero hoy es un día para romper costumbres. No saben si deben huir, el rostro de Caras refleja inestabilidad, la locura ha consumido su humanidad. Los contadores están en la esquina. Lo observan preocupados. Daniela está aterrorizada y él disfruta ese miedo. — *Saúl, ¿por qué traes un arma?* Pregunta con temor a que su esposo haga algo. — *¡Váyanse y déjenme solo con Sergio!* — *¿Por qué? ¿Qué vas a hacer?* Le pregunta Daniela. — *¡Que te largues te digo!* — *¿Por qué me hablas*



así?! ¡Neta si esto es una pendeja broma no te la voy a perdonar! Caras pone la punta de la pistola sobre la mejilla de Sergio y él comienza a llorar. Parece tener más miedo que los sobrevivientes del accidente balístico automovilístico.

—¿Qué haces?! ¡Yo no te hice nada! ¡No me mates por favor! Implora Sergio con mucho trabajo debido al llanto. Los gritos entre los empleados comienzan, algunos huyen, pero afuera ven la sangrienta imagen que dejó Caras. —Claro, solo cogerte a mi esposa. —¿De qué putas madres hablas Saúl?! ¡Ya para con esto! Le grita Daniela. Caras disfruta las lágrimas de su mujer, la exhibirá frente a todos y cuando se suicidó, todos la culparán por la muerte de Sergio, una pena que no estará en el funeral de su amante para ver cómo los padres de él la insultan.

—¡Dame tu pinche celular y desbloqueado cabrón! Sergio obedece y se lo entrega. Es tan satisfactorio verlo llorar con los ojos cerrados, sus gafas están empapadas y el aire se le va, será aún mejor cuando encuentre mensajes delatores en su teléfono, pero no hay ninguno hoy, es normal, han estado juntos, tampoco hay de ayer, pero sí hay uno con su novia o eso parece ser, su foto no corresponde con Daniela. Antier tiene la última conversación con Daniela, solo documentos aburridos del trabajo, fotos de más papeles y tablas de Excel, conversaciones bobas, unos cuantos memes, no encuentra lo que él quiere y arroja el celular de Sergio al suelo. Esto no ha hecho que su odio desaparezca, siempre hay algo que odiar.

—¡Ahora tú Daniela! —No entiendo qué quieres. —¡Carajo! ¡Tu celular! ¿O también borraste los mensajes que tienes con este maricón?! —¡No te voy a dar nada porque yo no he hecho nada! Le sorprende el valor con el que ella responde, duda de sus acciones, el llanto patético de Sergio ya no le divierte, hasta siente algo de pena por la muerte de Iván. —Por favor, Saúl, deja esto, piensa en nuestros hijos. Los músculos de Caras pierden tensión, tal vez se equivocó, pero la furia ahí sigue, sino es con Sergio es con él, incluso admira que Daniela no le tema, recuerda sus atributos y por qué la escogió como su esposa.

Una puerta se abre ligeramente, es la oficina de su jefe, asoma su mirada unos segundos. Ese cobarde vejstorio ha estado encerrado mientras sus empleados sufren. Su mente volátil vuelve a burlarse de él y sin apartar la mirada del licenciado Ramírez, Caras dispara al rostro de Sergio y este explota como un globo lleno de sangre, sus anteojos quedan destrozados, los empleados gritan y huyen espantados por la terrible escena. Inmediatamente, Caras corre a la oficina de su jefe y jala la puerta antes de que le ponga el seguro.

Daniela está destruida por dentro y fuera, no puede creer lo que su marido ha hecho. Sabe que era infeliz, pero incluso los infelices saben distinguir entre la estabilidad y la locura. Siente decepción de Saúl, culpa por la violenta muerte de Sergio y miedo por el futuro que les espera a sus hijos. Otra compañera le pide que venga con ellos, lo mejor es huir ahora que Caras se ha encerrado con el jefe. Daniela reacciona tardíamente, pero no con palabras, solo con pasos lentos, su lagrimal está trabajando más que sus dos piernas juntas. Dejan el cadáver de Sergio, su único crimen fue ser su amiga.



En la espaciosa oficina del licenciado Ramírez, Caras le apunta con el arma, no deja de hacer comentarios desarticulados sobre su riqueza, sobre la gente que ha explotado laboralmente, sobre los que ha traicionado y su moralidad echada a perder por verlos a todos desde arriba, desde una silla enorme mientras disfruta un mejor salario. —*¿Eso es lo que quieres Saúl? ¿Dinero? —Tal vez hace unos años, cuando me iba bien, ¿irónico no? Ahora que estoy a nada de la miseria solo quiero venganza o supongo que eso es, la verdad es que es difícil de explicarlo, solo sé que me siento bien por primera vez en años, extrañaré a mis hijos, pero no sé, estuvo bien. —¿Ya tomaste tu decisión? —¿Qué decisión? ¡Ustedes los pinches jefes que nunca explican nada! ¡Hacen lo que quieren y luego le echan la culpa al que ven más güey en ese momento! ¡Son como los que hacen bullying en las escuelas, le gusta asustar a los más débiles! ¡¿Es lo mejor de ser jefe no?! ¡Que nada es su culpa! —De si me vas a matar, ¿o me perdonarás? Yo no hice nada, pero de todos modos me disculpo si... —¡Eso es cierto! ¡Ni un «gracias», ni un «felicidades», nada! —¡Por favor! ¡Tengo hijos y nietos! ¡Te daré lo que quieras!*

La gente de ese accidente también tiene o tenía familia, Sergio tenía una familia que lo amaba mucho, incluso el bobo de Iván tenía una madre que lo amaba, padecía mamitis, pero odiaba admitirlo. La vida es cruel por naturaleza, pero jamás injusta, puede que las acciones de los seres humanos sean de dudosa moralidad, pero nunca la vida misma. ¿Quién es Caras para decidir qué arruinar? Duda de nuevo y lo ve como una debilidad, las lágrimas de su jefe no lo salvarán, eso sería otra de las acciones injustas del ser humano.

Un disparo fulminante acaba con la vida de su egoísta jefe, lo era tanto que incluso le arrebató la bala que le daría una muerte rápida y sin dolor. Saca su celular para llamar a Daniela, tarda en responder, pero lo hace. —*¿Saúl? Pregunta temerosa. —Solo te hablaba para despedirme y disculparme por lo que viste, me voy sin saber si me eras infiel, pero aun así lamentó lo ocurrido. —¿Por qué lo hiciste?! ¡¿No te importa lo que dirán nuestros hijos?! ¡¿Nunca nos amaste?! —Ellos están en el estacionamiento Daniela, en mi lugar, para que vayas por ellos. Están bien. — ¡¿Bien?! ¡¿Quién va a estar bien después de lo que hiciste?! ¡¿También mataste al jefe?! —Sí y no me arrepiento. Lo disfruté, pensé que sentiría culpa, pero... El llanto de Daniela le impide continuar, no quiere lastimarla más. —Dany, sí lamento algo, lo del autobús, seguro que te enterarás después, dile a mi madre que siempre la quise y no es culpable de nada.*

Antes, las urgencias eran hacer informes o cerrar alguna venta, ahora es morir y dejar cualquier sentimiento atrás. Caras abre una ventana, es pequeña, pero cabe su cuerpo, la alcanza con ayuda de la silla de su jefe. Mira abajo, no puede distinguir mucho, espera no lastimar a alguien. Desde su celular abre su fotografía favorita, es él con Daniela, Omar y Jenny en navidad, los cuatro juntos. Caerá mientras la observa.

No hay tensión, no hay respiración agitada, no hay sudor, no hay nerviosismo, no hay mareos, no hay dolor, no hay estrés, no hay miedo, ni siquiera hay tristeza porque sabe que la muerte es su mejor solución.



Una vez leyó testimonios de gente que había intentado suicidarse, uno era el de un sujeto que se lanzó de un puente a un río. Solo en esas milésimas de segundo cambió de opinión, se arrepintió de adelantar su muerte. Es un riesgo que considerará, pero al menos tendrá unos segundos para ver lo único positivo de su legado y no el daño que ha causado.

Caras es ateo, pero este día, desearía que en verdad haya algo después de la muerte. No lo hay, ni siquiera oscuridad, ningún ser divino con falsas esperanzas o tormentos eternos. Así es la muerte, sin dolor, ni sufrimiento, lo opuesto a la vida.

Caras no se arrepintió en esos tres segundos de caída, solo una sonrisa que se destruyó en el concreto